

www.elboomeran.com

Luisgé Martín

La vida
equivocada



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Ilustración: «Un hombre en la ventana», foto © Carlos Redondo

Primera edición: marzo 2015

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

© Luisgé Martín, 2015
c/o DOS PASSOS Agencia Literaria

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2015
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-9793-7
Depósito Legal: B. 2595-2015

Printed in Spain

Reinbook Impres, sl, av. Barcelona, 260 - Polígon El Pla
08750 Molins de Rei

PRINCIPIO

En el verano de 1982, a los dieciocho años de edad, Max Leopardi le escribió una carta a su madre en la que le decía: «He tratado de recopilar los peores tormentos que un ser humano puede sufrir. He pensado en los prisioneros de los campos de concentración del nazismo, desnutridos, apaleados, sometidos a humillaciones de todo tipo y obligados a trabajar hasta la extenuación. He pensado en un hombre que ha sido enterrado vivo y que ve cómo el oxígeno que respira va acabándose. En una madre que pierde a su hijo, que lo ve marchar a una guerra o a pescar en un barco que naufraga y no vuelve a tener noticias de él ni a saber dónde se encuentra su cuerpo. He imaginado torturas terribles: ser desollado poco a poco, ser descoyuntado en un potro, sentir una rata viva dentro del estómago. Nada de todo eso es comparable al sufrimiento que supone estar vivo y saber que se ha de morir. El mayor tormento de cualquier hombre es éste: el instante en que siente que no hay ya más aliento. El prisionero confía en que llegará un ejército a rescatarle y que volverá a ser libre, que comerá manjares y tendrá de nuevo una casa y una esposa. El sepultado cree, contra toda evidencia, que alguien

se dará cuenta del error y acudirá a desenterrarlo. La madre se entrega al cuidado de sus otros hijos o al amor de su esposo. Y el torturado supone que confesando o resistiendo terminará el suplicio. El hombre que está a punto de morir, en cambio, no puede encontrar ningún consuelo. Si cree en Dios, expirará en paz. Pero si no cree o tiene dudas, sentirá la angustia aterradora de convertirse en nada, de dejar de tener pensamientos y recuerdos, de ser tragado por el remolino del vacío.

»Yo no creo en Dios, madre. No voy a morirme ahora, pero he vivido ese instante anticipadamente muchas veces. He sentido el escalofrío helado de no tener ya existencia, de haber sido convertido en algo que se descompone. Cuando era niño, de noche, comenzaba a llorar en la cama y se me paraba la respiración al imaginar el cuerpo muerto del abuelo Alfonso. Me entristecía no poder volver a conversar con él o haber perdido para siempre esos instantes en los que me abrazaba, pero lo que me atormentaba de verdad era una circunstancia más grave: la certeza de que él no me veía ya, de que no tenía conciencia ni memoria de nada. En esas noches me quedaba quieto y trataba de pensar en otra cosa, pero no era capaz de hacerlo. Se me pasaba por la cabeza la idea obstinada de que algún día, al cabo de mucho tiempo, yo sería también una especie de gas invisible sin raciocinio ni recuerdos. Y me preguntaba entonces de qué servía todo.

»La vida es esa cosa insustancial y extraña que no lleva a ninguna parte y que, incluso si se vive venturosamente, se deshace luego. La vida es esa cosa de la que te culpo a ti, madre. Tal vez habría podido soportar las torturas de un campo de concentración o el terror de ser enterrado vivo, pero no ese trance incomprensible de saber que la conciencia se acabará algún día y que todo lo que había en

ella se perderá en la nada. De la angustia de ese instante, que no puede ser compensada por ninguna felicidad humana, te culpo a ti. No quiero morir, madre, y por eso desearía no haber nacido. Es la única clase de inmortalidad que existe.»

Max Leopardi fue mi amigo. Murió en mayo de 2010.

En 1984, mientras estaba terminando los estudios de filología, me matriculé en un taller de escritura que se impartía entonces en una de las librerías madrileñas de más abolengo. No tenía ninguna fe en que las virtudes literarias pudieran enseñarse mediante lecciones y adiestramientos académicos, pero en aquel momento mi único deseo era convertirme algún día en un gran escritor, y, como los ateos que al ir a morir aceptan confesarse porque nada pierden con ello, decidí asistir a esos cursos con la esperanza de aprender al menos algún truco retórico o alguna fullería narrativa.

El grupo estaba compuesto por nueve alumnos, de los cuales siete eran mujeres. El único varón, aparte de mí, era un chico muy joven de una belleza deslumbrante. El primer día de clase lo pasé observándole hechizado, sin atender a las explicaciones del profesor. Estábamos sentados uno frente al otro en los extremos de un semicírculo de sillas escolares. Él tomaba notas en un cuaderno y de vez en cuando levantaba los ojos para curiosarse. Tenía el pelo de la frente cortado en flecos que le caían hasta más abajo de las pestañas, de modo que cuando quería mirar algo con atención debía apartarse los mechones con la mano y sujetarlos en alto, aplastándolos con la palma sobre la cabeza. Sus facciones, rectas, esquinadas, tenían una perfección matemática. Sus ojos eran de un color que yo sólo había

visto antes en la piel de algunos gatos: un gris muy claro con relumbres de sangre, cobrizos. Aquel día estaba sentado en el filo de la silla, con el cuerpo recostado hacia atrás y las piernas muy abiertas. Tenía ese aire insolente y rudo que a veces, en la juventud, se confunde con la belleza. Llevaba una camiseta blanca que oscurecía aún más su piel y unas zapatillas deportivas sin cordones. Los tobillos estaban desnudos y podían verse los trazos de los tendones y el vello casi raso de las piernas.

El profesor, un novelista mediocre que pocos años después murió, nos pidió al final de la clase que, utilizando las técnicas narrativas que acababa de explicarnos, de fundamento pictórico, escribiéramos un texto descriptivo de cualquier asunto. Yo escribí sobre él, sobre ese chico, y aún conservo entre mis papeles viejos el texto, que era enfático y almidonado. Había reflexiones casi místicas y aco-taciones de un dramatismo adolescente, pero el retrato físico que hacía de él era meritorio.

Al salir de la librería se acercó a saludarme. «Soy Max», dijo. Le estreché la mano con timidez, asustado, y añadí alguna banalidad. Luego comenzamos a caminar hacia la boca del metro sin decir nada. Yo iba enhebrando en la cabeza alguna conversación para que el silencio y la vergüenza no se hicieran dolorosos, pero de repente él me puso una mano en el hombro y me preguntó sin empacho si quería acompañarle a su casa. Por aquella época, con veintidós años, yo apenas había tenido experiencias sexuales y no sabía nada de las leyes del cortejo y del galanteo, que, entre hombres, nunca había presenciado a la luz del día. Miré hacia el suelo sin saber qué responder. Max sonrió entonces, indulgente, y me rozó el cuello con la punta de los dedos. «Puedo leerte alguno de mis cuentos», dijo. Después, sin esperar a que yo decidiera, enfiló el rumbo.

No hubo prolegómenos ni disimulos. Nada más cerrar la puerta de la casa me besó y comenzó a desnudarse. Tenía la piel pulida y los músculos marcados, tiesos, como si su carne fuera de un material distinto. Debí de poner tal cara de asombro al verle sin ropa que comenzó a reírse, y como no me atrevía a tocarle, abrumado por el exceso, por la delicia, cogió mi mano y la llevó hasta su cuerpo. No fue obscenidad sino dulzura. Me desnudó con cuidado, me acarició como si tuviera miedo de dañarme y después me enseñó algunas salacidades que yo desconocía. Al terminar me pidió que me quedara a dormir allí. Entonces me puse a llorar. Estuve llorando varios minutos, encogido junto a él, con el rostro cubierto en su costado. Luego le dije que sí. Me levanté de la cama a telefonar a mis padres para avisarles de que no pasaría la noche en casa, pero cuando Max me vio descolgar el aparato, que estaba en el pasillo, cerca de la puerta del dormitorio, me informó de que no funcionaba. Pensé en vestirme para bajar a una de las cabinas de la calle, pues tenía el compromiso familiar de advertir siempre de mis ausencias nocturnas, pero al mirarle de nuevo en la penumbra del cuarto, tumbado sobre las sábanas revueltas, me pareció que si me alejaba de allí, aunque fuera sólo durante unos minutos, podría deshacerse el hechizo y encontrar sólo humo al regresar a la casa. Volví pues a la cama y me acosté de nuevo a su lado.

Esa noche, que pasamos casi en vela, me contó que su padre había muerto en un accidente de aviación hacía cuatro años y que su madre, con la que vivía en aquella casa agrietada y lúgubre, estaba pasando las vacaciones fuera de Madrid. Era el mes de octubre y me pareció extraño, pues en el otoño o la primavera sólo toman vacaciones los ricos, y ellos, a juzgar por el aspecto miserable de las habitaciones, no lo eran. Sin embargo, no dije nada. Como tantas

otras cosas que Max me contó esa noche y en las siguientes noches que pasamos juntos, lo creí sin reserva.

Cuando estaba amaneciendo, después de haber dormido un rato, vino a la cama con una carpeta y sacó de ella un rimero de hojas desiguales manuscritas. Se entretuvo un rato clasificándolas, examinando su letra menuda y ordenándolas en montones sobre la cama. Yo mientras tanto observaba su cuerpo desnudo, los pliegues del vientre al arquearse, el pelo despeinado sobre la frente, los muslos cubiertos de un vello muy fino. Se movía desem-pachado de todo, con la naturalidad de quien está acostumbrado al pavoneo. En aquellos años yo sólo tenía remilgos y aprensiones, de modo que sus gestos, ejecutados con una procacidad inocente, me parecían casi libertinos: se acariciaba los testículos, se tumbaba boca abajo con las nalgas muy abiertas o se perfilaba los labios, abstraído, con uno de los dedos que había usado para penetrarme.

—Tienes que leer esto —dijo por fin, satisfecho, y me alargó varias hojas llenas de tachaduras y de anotaciones hechas en los márgenes con una caligrafía de miniaturista.

Como la habitación estaba todavía en penumbra, me acerqué el papel a los ojos para poder leer, pero Max me abrazó por la cintura y comenzó a masturbarme de nuevo. «Ahora no», dijo. «Llévatelo y lo lees en casa, a solas.» Sin soltar las hojas, me tumbé a su lado y le mordí los labios. Le hice una herida que sangró.

A media mañana, preocupado por las consecuencias familiares que podía estar teniendo mi desaparición, me vestí para marcharme. Max, todavía desnudo, abrió las ventanas para que la casa se ventilara. Pude ver entonces con más detalle la mugre de las paredes, la costra de grasa que tenían el papel pintado o los azulejos floreados de la cocina, que estaban descascarillados y que en algunas par-

tes, rotos, dejaban ver el yeso de la pared. La cama del dormitorio, descoyuntada, era de una madera rancia que había sido barnizada varias veces con brochazos desmañados. Sus travesaños, como los del espejo que había en la pared del fondo, estaban torneados con volutas y espirales de un estilo pasado de moda. Las cortinas parecían roídas. Y el suelo, de losetas sintéticas, tenía las juntas llenas de una suciedad viscosa y negra.

De camino hacia la puerta de salida, acompañado por Max, traté de ver de reojo las habitaciones de la casa. Al lado del dormitorio había un comedor oscuro con sillas de tapiz rojo. A continuación, un cuarto muy pequeño con una mesa camilla y dos butacas de piel cuarteada que estaban muy juntas. Por último, junto a la entrada, en un extremo del pasillo, estaba escondida una habitación de dintel muy bajo que permanecía cerrada con un candado. Seis puertas distribuidas a lo largo del corredor.

—¿Dónde duermes tú? —pregunté impertinentemente antes de salir—. ¿Con tu madre?

Max, que estaba desnudo en el umbral, frente al rellano de la escalera, sonrió con indulgencia y luego empujó la puerta para que me fuera.

Esa tarde, después de discutir con mis padres a causa de la noche ausente, me encerré a leer el cuento de Max, una ciencia ficción ambientada en la mitad del siglo XXI que contaba la historia de un hombre que soñaba con la inmortalidad. En su juventud le habían trasplantado los pulmones para revertir una enfermedad incurable. Más tarde, por un accidente, le habían trasplantado un brazo. Era una sociedad futurista en la que los avances médicos permitían hacer esas intervenciones quirúrgicas con órga-

nos artificiales creados en laboratorio que tenían la funcionalidad y la resistencia de máquinas perfectas. Había empresas especializadas que fabricaban hígados, húmeros, ojos o intestinos con tecnologías secretas. La mayoría de la población, desharrapada, no tenía acceso a esos órganos, pero los hombres prósperos podían remediar sus males con ellos. Los pobres –inservibles en una sociedad tecnificada en la que el trabajo manual de cualquier tipo era innecesario– morían cada vez más jóvenes. Los ricos, en cambio, vivían durante más tiempo y tenían siempre, gracias al progreso de la cirugía corporal, una lozanía que impedía distinguir a un adolescente de un anciano.

Lo sustancial del relato, sin embargo, no era la denuncia política, sino la composición existencial que hacía. Después de los trasplantes de los pulmones y de un brazo, forzados por la salud, el protagonista continuaba implantándose órganos industriales, que eran inmunes a la enfermedad y que ofrecían una resistencia casi eterna. Cambiaba su corazón, sus arterias, sus venas, las piezas de su esqueleto –desde los fémures hasta las falanges de los dedos–, sus genitales y sus vísceras. Luego iba construyéndose un cuerpo postizo: los músculos recios y flexibles, el vientre vigoroso, las piernas fuertes. Se trasplantaba al final el rostro, reconstruido sobre el cráneo de materiales plásticos. Cuando terminaba el proceso, sólo le quedaba un órgano de su cuerpo carnal: el cerebro. Existían también cerebros artificiales a la venta, pero al hacer el trasplante se modificaban todos los recuerdos y se transformaba la naturaleza del paciente. Algunos curaban así su infelicidad: olvidaban a la mujer que les había abandonado o a la madre muerta, enmendaban su vicio con el juego o se hacían eruditos en alguna materia. Bastaba con elegir la carga documental que debía llevar el cerebro y pagar el